

SARE 2007
MASCULILIDAD Y VIDA COTIDIANA
San Sebastián
5 y 6 de Noviembre 2007

La SEXUACION DEL DINERO

Conflictos Subjetivos en la “masculinidad”, en la “feminidad” y su repercusión en la vida cotidiana de mujeres y varones

Por
Clara Coria

MESA REDONDA

Gestión del Dinero en nuestras Vidas Cotidianas

1.- Introducción

Desde mis primeras investigaciones sobre el dinero, que culminaron en el libro “El sexo oculto del dinero” (1986) y posteriormente en “El dinero en la pareja” (1989) se han producido muchos cambios sociales con las consecuentes modificaciones en el intercambio económico entre varones y mujeres. A pesar de ello en la actualidad, hay aún mujeres que mantienen hábitos tradicionales y siguen delegando la administración y control del dinero en los hombres cercanos. Algunas lograron modificar dichos hábitos y convicciones acumulados durante siglos y accedieron a la administración. También gran parte de las jóvenes generaciones adquirieron independencia económica desde el inicio mismo de sus actividades laborales pero dicha independencia no siempre va acompañada de un manejo autónomo del dinero. Y cuando ahondamos más profundamente nos encontramos con sorpresa que incluso muchas de las que ostentan gran independencia suelen perpetuar sofisticadas dependencias que se mantienen encubiertas bajo mantos de “modernidad” como veremos más adelante en el caso de algunas mujeres empresarias.

Cualquiera sea el nivel de autonomía alcanzado a título personal sigue persistiendo en el orden mundial una clara hegemonía masculina que se expresa tanto en la distribución concreta del dinero como en los modelos incorporados de manera inconsciente en la subjetividad de mujeres y varones. Deseo plantear aquí, muy firmemente, que existe un modelo al que denominé “sexuación del dinero” que es responsable de muchas de las dificultades con que tropiezan las mujeres a la hora de ejercer su independencia así como también responsable de las dificultades que tienen los varones para renunciar al control unilateral del dinero. Dicho modelo circula en el inconsciente colectivo y se va incorporando junto con la identidad de género sexual. La **sexuación del dinero** hace referencia a que el dinero en nuestra cultura está claramente sexuado y de muy diversas maneras se adscribe al varón simbolizando potencia sexual y virilidad. Llega a convertirse casi en un indicador de identidad sexual masculina.

Dicha sexuación tiene existencia palpable y perpetúa en las mujeres dependencias de las más variadas, algunas encubiertas y otras aparentemente superadas. Estas dependencias terminan instalando violencias, contraviolencias y síntomas diversos en mujeres y en varones. Deseo hacer hincapié en que si bien es cierto que en algunos lugares (no tantos como se supone) y algunas mujeres (no tantas como los cambios sociales posibilitan) han

accedido a la independencia económica e incluso a la autonomía, ello no significa que realmente se hayan modificado los modelos subjetivos de varones y mujeres con respecto al dinero. De la misma manera que el hecho de que algunos pobres hayan podido llegar a ser ricos no significa en absoluto que haya desaparecido la pobreza ni tampoco que al acceder a la riqueza hayan modificado el modelo de poder imperante.

No todo lo que brilla es oro y los cambios por demás evidentes en algunos lugares del mundo no son tan profundos como cabría esperar. Las actitudes de cambio que ostentan a veces muchas mujeres y algunos varones no siempre son reflejo de una modificación profunda. La **sexuación del dinero** sigue gozando de muy buena salud y es en los momentos críticos donde suele quedar expuesta en toda su magnitud perpetuando una gran cantidad de síntomas disfuncionales en la vida cotidiana. Dichos síntomas, además de generar padecimientos, obstruyen el acceso a vínculos más paritarios y solidarios entre los géneros.

En esta oportunidad voy a exponer sólo un aspecto de lo mucho que tiene que ver con la **sexuación del dinero** y ofrecer mi perspectiva como psicóloga dedicada desde hace más de 25 años a dilucidar esta compleja problemática.

2.- La independencia económica que tantas mujeres lograron no es garantía de autonomía

El dinero siempre ha sido esquivo para las mujeres. Antes porque los ámbitos público y privado estaban estrictamente separados y asignados en exclusividad a cada género. El dinero, que siempre fue público, escapaba al alcance de las mujeres recluidas en el supuestamente protector, acolchonado y a menudo asfixiante ámbito doméstico. Ahora, que la separación entre dichos ámbitos suele no ser tan extrema y que en algunas partes del mundo –no en todas- las mujeres acceden a la circulación pública con aparente similitud de oportunidades, el dinero sigue siéndoles esquivo porque, entre otras cosas, es uno de los instrumentos privilegiados del poder, y como todo el mundo sabe, las mujeres están lejos de compartir con los varones el 50% de poder que les correspondería como contribuyentes de más del 50% de la población mundial en una sociedad que pretende denominarse democrática, pero que está muy lejos de serlo.

Se dice que toda excepción tiene su regla, y en esto de la marginación económica de las mujeres, muchos podrían apelar a la “profesión más vieja del mundo” para dejar sentado que desde tiempo inmemorial las mujeres han tenido su cuota de acceso al ámbito público y al dinero “legítimamente ganado”. Lo que no se dice, aunque todos lo saben, es que si muchas mujeres necesitan recurrir a la prostitución para acceder al dinero, es porque el dinero no en está en sus manos.

También se dice que en estos tiempos de “liberación femenina” las mujeres ya no tienen motivos para continuar una lucha por igualar las oportunidades ya que los tiempos han cambiado y muchos\as llegan a sostener que “no llega la que no quiere”. La contestación más contundente a estas suposiciones erróneas es ofrecida por estadísticas de la UNESCO que nos aclaran

“ las mujeres representan el 50% de la población adulta del mundo y un tercio de la fuerza de trabajo oficial, pero realizan casi las dos terceras partes del total de horas de trabajo y reciben sólo una décima parte del ingreso mundial y poseen menos de una centésima parte de la propiedad inmobiliaria mundial”.

Sabemos que envalentonadas por los movimientos feministas que abrieron las puertas de una ilusión (el anhelo de ser consideradas en tanto mujeres, sujetos y ciudadanas de primera a la par de sus compañeros varones) muchas de ellas se lanzaron a la conquista de su independencia y recorrieron caminos no poco tortuosos. Conocedoras de que en nuestra sociedad toda independencia comienza por la económica se formaron en las disciplinas más variadas para alcanzar los niveles de capacitación acorde con sus ambiciones, logrando la tan anhelada independencia. Sin embargo, al cabo de los años fue posible comprobar que la independencia lograda no siempre garantizaba la autonomía y que más de una mujer con aires independientes, e incluso ostentosa de sus libertades, quedaba prisionera de complejos mecanismos inconscientes que las conducían, a perder la autonomía tan laboriosamente conquistada.

Esto dejaba al descubierto que no eran suficientes las conquistas sociales para que las mujeres abandonaran sus mecanismos dependientes y modificaran el mapa de la distribución del dinero y la marginación económica. Sin ninguna duda, los cambios sociales eran indispensables, pero por sí solos eran incapaces de abolir siglos de esclavitud psíquica. Múltiples ejemplos dan cuenta de un fenómeno complejo por el cual muchas mujeres con independencia económica se las ingenian para perder la autonomía que dicha independencia les confiere.

Será conveniente recordar que independencia económica y autonomía no son sinónimos. Mientras la independencia económica hace referencia a la disponibilidad de recursos, la autonomía tiene que ver con la disposición a utilizar dichos recursos sin depender de controles ajenos. Actuar con autonomía es asumir la responsabilidad de las decisiones tomadas. Se trata de una diferencia fundamental ya que **la autonomía es la puesta en acto de la independencia**. Para actuar con autonomía no sólo es necesario disponer de los recursos sino, fundamentalmente, sentirse con la legitimidad interior para usarlos. Por ello la independencia económica es una condición necesaria pero no suficiente

Como ejemplo comentaré una situación particularmente curiosa. El ejemplo proviene de una investigación con mujeres empresarias. Habiéndome decidido a desentrañar algunos de los misterios que rodeaban ciertas pérdidas de autonomía en mujeres independientes me propuse un trabajo de investigación de varios años con grupos de mujeres empresarias exitosas, con la intención de comprobar si el hecho de que dichas mujeres estuvieran familiarizadas con las prácticas del dinero -y dispusieran de una independencia significativa- les permitía preservar la autonomía frente a sus parejas. Partí de la hipótesis que las mujeres que habían sido capaces de planificar, organizar, poner en marcha y llevar adelante con éxito una empresa –pequeña o grande- eran mujeres que, además de su capacidad profesional habían resuelto convenientemente muchas de las dificultades económicas que suelen presentarse con el dinero, ya que el mundo empresarial lo exige permanentemente. Por ello consideré que sería esclarecedor indagar en aquellas mujeres,

que estando en pareja, tenían un rol protagónico en el ámbito público, la toma de decisiones y el acceso al dinero.

El hecho al que voy a referirme es por demás significativo. Se trata de que dichas mujeres empresarias incorporaban a sus maridos, cuando éstos se quedaban sin empleo, en las empresas que ellas habían levantado con la intención de facilitarles un espacio laboral. Progresivamente y casi “sin darse cuenta” iban delegando en ellos las áreas empresariales que las conectaban con el dinero. Al cabo de un tiempo eran los varones - incorporados recientemente a la empresa- quienes tenían a su cargo el control económico y financiero mientras las mujeres iban asumiendo la responsabilidad exclusiva sobre las áreas restantes: producción, administración y mantenimiento. Se había producido al interior de la empresa, la misma distribución de tareas que tradicionalmente se producía entre parejas tradicionales: ellos con el “afuera” y el dinero mientras ellas con el “adentro” y el mantenimiento de la infraestructura. Esta repetición de roles tradicionales colocaba a los varones en situación de acceder al control del dinero y a los lugares de mayor poder mientras marginaba a las mujeres del lugar de las decisiones económicas. Quedaba claramente expuesta la pérdida de independencia y autonomía femenina en lo que respecta a las decisiones empresariales.

Resulta evidente que si los varones terminan ejerciendo el control de lo económico cuando son incorporados a las empresas que originariamente administraban y controlaban las mujeres es porque **cuentan con la delegación que las propias mujeres hacen en ellos**. Y esto que resulta comprensible tratándose de actitudes masculinas nos plantea un gran interrogante respecto de la actitud femenina. El hecho de que los varones estén tan bien dispuestos a colocarse en los lugares de control económico puede explicarse fácilmente por la satisfacción que deriva de ejercer el poder que emana del control del dinero. En las mujeres, en cambio, el hecho de que estén tan dispuestas a ceder esos lugares no tiene una explicación tan transparente. Seguramente hay que buscarla en los contenidos conflictivos que el dinero sigue teniendo, -a nivel inconsciente- para tantas mujeres, aún aquellas que parecen estar “más allá” de la dependencia como se podría pensar de estas mujeres empresarias.

Para sintetizar esta introducción plantearé tres afirmaciones

Una, que la independencia económica no es garantía de autonomía. Es condición necesaria pero no suficiente y, en la actualidad, muchas mujeres tienen acceso a la independencia porque logran disponer de dinero pero no siempre de la legitimidad interior para ejercer el control sobre dicho dinero.

Dos, que es frecuente observar que a menudo las mujeres comprometen seriamente su autonomía implementando sofisticados mecanismos de dependencia económica

Tres, que esos mecanismos son generalmente inconscientes y responden a condicionamientos psicosociales que provienen del aprendizaje del “género mujer” que trae consigo instalado la **sexuación del dinero**.

3.- Dónde tropiezan las mujeres ... cuando tropiezan.

Los finales del segundo milenio fueron testigos de los logros obtenidos por mujeres en pos de abrir caminos hacia la adquisición del dinero -y con ello hacia la independencia

económica- sin embargo los comienzos del tercer milenio las encuentran aún, y a pesar de los adelantos indiscutibles, envueltas en conflictos no resueltos en relación con el dinero.

a) ¿Síntomas que expresan conflictos con el dinero?

Es posible observar en la vida cotidiana numerosos indicios que dan cuenta de la existencia de conflictos. Se trata de comportamientos que se repiten y no llaman la atención porque han sido naturalizados. Son obvios pero nadie se da cuenta y terminan siendo invisibles. A lo largo de los años, y en distintos países americanos y europeos los he podido observar con las diferencias regionales propias de cada lugar pero con un fondo común. Algunos de dichos comportamientos son por ejemplo, dificultad para reclamar dinero o concretar cobros, inhibición para poner precio a los servicios profesionales, incomodidad y desazón por ganar más que el varón, derivación en los hombres cercanos (maridos, hijos, padres, hermanos, amantes, etc) de las inversiones de envergadura o decisiones relativas a dinero (cuando se trata de mucho dinero), delegación en los varones de la administración de herencias (situación que a la inversa es más difícil de hallar), dificultad para reconocer los bienes conyugales como legítimamente propios y hacer uso de ellos, etc. etc..

Existen también otra cantidad de comportamientos que resultan incluso contradictorios con el resto de la personalidad de las mujeres que lo protagonizan como por ejemplo observar a mujeres desenfadadas y directas que sin embargo sienten malestar y pudor al hablar de dinero. Otras acostumbradas a un pensamiento abstracto que, sin embargo se desconciertan y confunden frente a los “montos grandes”. O mujeres activas y dispuestas a participar de la economía familiar que sin embargo reducen su interés a la economía doméstica, desconociendo y desentendiéndose de los aspectos económicos que trascienden la canasta familiar. También mujeres con larga experiencia laboral que omiten tratar explícitamente el aspecto económico en los contratos laborales. O mujeres que habiendo asumido la responsabilidad económica del hogar temen ser vistas como “materialistas” e “interesadas” por defender sus intereses económicos. Tampoco es difícil encontrar mujeres que se auto definen como independientes y al divorciarse descubren con sorpresa cuán poco sabían de la dinámica económica familiar.

Todos estos comportamientos son cualquier cosa menos “naturales”. En realidad son síntomas, es decir, son comportamientos que expresan un conflicto cuyo origen está encubierto. Son síntomas que ponen en evidencia que existe un conflicto inconsciente, es decir, una lucha de la cual no se es consciente, entre fuerzas o ideas opuestas al interior de propia subjetividad. En otras palabras, una lucha entre la pretensión consciente de las mujeres por vivir con las libertades sociales tan arduamente conseguidas y los mandatos inconscientes incorporados durante siglos. Se trata de una situación conflictiva porque las fuerzas en pugna resultan inconvenientes.

¿Cuál es el conflicto central de las mujeres con el dinero?

La lucha interna se plantea porque las características asignadas al dinero desde tiempos inmemoriales entran en colisión con las características asignadas a la feminidad, también desde tiempos inmemoriales. Se trata de una lucha que se entabla entre lo que se supone es una “buena feminidad” y las prácticas llamadas “especulativas y frías” del dinero. Voy a describirlo muy brevemente:

Decir mujer, en nuestra sociedad es evocar actitudes que se reconocen como indiscutiblemente femeninas: tolerancia, dulzura, comprensión, entrega, altruismo, incondicionalidad y abnegación. Todos estos atributos -esperados, exigidos y dados por obvios en toda mujer considerada femenina- provienen de un ideal social que considera que las mujeres son fundamentalmente madres. Este ideal que identifica a la mujer con la madre, exige que todas las mujeres, se comporten como madres no sólo con sus hijos sino con todo el mundo. Y comportarse como madre, es ser siempre una madre “buena”, es decir, altruista, incondicional y abnegada. Muchas situaciones cotidianas dan cuenta de esta exigencia por la cual casi todo el mundo se siente con derechos de reclamarle a cualquier mujer una dedicación maternal. En una oportunidad una abogada comentó que un cliente al pagarle los honorarios se dirigió a ella diciéndole: “Dra, no sea mala, bájeme los honorarios”. Ella reflexionaba que de haber sido varón, muy probablemente el cliente hubiera dicho otra cosa, como por ejemplo, “Dr. tengo problemas económicos, puede reducir sus honorarios?” pero no le hubiera dicho “Dr. No sea malo”. Y lo que es más grave fue su vivencia de malestar ante la palabra “mala”. Con esto deseo trasmitir que “todo el mundo” reclama una madre en cada mujer y que cada mujer se siente con la responsabilidad de responder como una “buena madre” con todo el mundo.

La identificación mujer = madre, pretende hacer de cada mujer una madre pero además, enarbola la maternidad (concebida como altruista incondicional y abnegada) como esencia de feminidad. Es decir, una mujer será considerada tanto más femenina cuantos más atributos maternales caractericen su comportamiento. Esto significa que aquella mujer que no responda a los atributos maternales corre el riesgo de ser vista por los demás -y por ella misma- como “poco femenina”.

Y aquí llegamos a uno de los nudos del conflicto porque cada vez que una mujer se vea en la necesidad de defender un interés personal, de posponer el bienestar ajeno privilegiando el propio o exigir condiciones para resguardar sus necesidades cabe la altísima posibilidad que se produzca una profunda lucha interior -es decir un conflicto- entre sus necesidades personales por un lado y las expectativas internalizadas sobre la feminidad “maternal” por el otro.. En otras palabras tiene que elegir entre sentirse “mala” (que suele significar satisfacer el propio deseo) o mostrarse como “una buena madre”, que satisface el deseo ajeno.

Es aquí donde el dinero entra a escena cayendo como una piedra que rompe la tranquilidad femenina porque, además de ser un recurso de poder, el dinero es, en nuestra sociedad, un medio idóneo para satisfacer las apetencias de los seres humanos. En ese sentido, la disponibilidad del dinero nos coloca en situación de hacer realidad nuestras apetencias. Y aquí se produce el gran choque, porque satisfacer las propias apetencias entra en conflicto con el ideal maternal derivado del mandato patriarcal que impone ser siempre una “buena madre” y satisfacer ante todo el deseo ajeno. A esto se le agrega que al dinero se le atribuyen características de “frialdad”, “especulación”, “egoísmo”, “manipulación” y muchas otras más que lo colocan en la vereda opuesta al ideal maternal. Es así como el hecho concreto de manejar dinero, defender intereses económicos, y explicitar las propias ambiciones se convierte en una mancha porque es dejar de ser una madre “incondicional”, “altruista” y “abnegada”. Resulta comprensible, entonces, que muchas mujeres hayan podido abordar el ámbito público y ganar dinero empujadas por sus anhelos de libertad y

favorecidas por los cambios sociales, pero aún no pueden legitimar al interior de su propia subjetividad, el derecho a usar el dinero con autonomía. En otras palabras, las prácticas con el dinero pone en cuestionamiento nada menos que la base en la que se apoya la identidad de género sexual

4.- De qué padecen los varones ... cuando se modifica el mapa de la distribución del dinero.

La sexuación del dinero -que adscribió el dinero a “lo masculino”- instaló privilegios difíciles de desarraigar. En parte porque están incorporados como si pertenecieran al orden de la naturaleza y en parte porque ofrecen beneficios que los hombres no están dispuestos a perder a cambio de mayor solidaridad. La historia de la Humanidad desborda de ejemplos que evidencian la ambición por concentrar poder como así también la resistencia por distribuir los recursos. Y la Humanidad toda pareciera seguir sin entender que el costo de dichas ambiciones es altamente insalubre y se vuelve en contra. Modificar el mapa de la distribución del dinero es como modificar el mapa de la distribución de la Tierra. Y difícilmente son los privilegiados quienes promueven el cambio. Por otra parte, con frecuencia los “privilegiados” suelen no ser conscientes de los costos que dichos privilegios conllevan. En lo que respecta al dinero y a las relaciones entre los géneros, los varones suelen no ser conscientes de que manteniendo sus privilegios económicos están perpetuando un sistema de poder y dominación que les garantiza estar progresivamente rodeados por rencores, hostilidades y venganzas. Es un costo muy elevado que inevitablemente afecta la calidad de vida. Mantener estos privilegios es como estar alimentando el crecimiento de las Favelas, poblaciones indigentes que rodean a Río de Janeiro ... y a muchas otras ciudades.

Modificar el mapa de la distribución del dinero promueve en los varones, entre otras cosas, temores y fantasmas. **Uno de los temores** más generalizados es el de que las mujeres hagan con ellos lo que ellos hicieron con las mujeres durante siglos. Es decir, privarlos de libertad y de autonomía, convirtiendo en virtud la dependencia económica, legal y psíquica. **Uno de los fantasmas** más temidos, derivado ineludible de la sexuación del dinero, es la perdida de masculinidad y virilidad. El temor a perder masculinidad por carencia de dinero no es una novedad reciente. Ya desde hace tiempo, las sociedades expresaban esta supuesta “verdad” a través de refranes populares que avalaban la creencia de que “un hombre sin dinero no es un hombre entero” como lo expresa el refrán español. O el refrán francés: “Un homme sans argent est un loup sans dents” e incluso el inglés: “A man without money is a bow without an arrow”. No hay que ser muy perspicaz para darse cuenta que los refranes populares de larga data confirman la relación inequívoca entre el dinero y la potencia sexual masculina. El simbolismo fálico de los dientes y la flecha resulta tan obvio que no requiere ni siquiera el menor comentario. De más esta decir que “si se da por cierto que el dinero hace al hombre entero” la sexualidad masculina queda expuesta a la invalidez cuando se produce la carencia de dinero.

La **sexuación del dinero** -que ha incorporado en el inconsciente colectivo que “el dinero es masculino”- legitimó ante la sociedad y ante ellos mismos el derecho a usufructuar de los privilegios y del ejercicio del poder a través del dinero. Esto que aparentemente es a “pura ganancia” los ha colocado en un callejón sin salida ya que son los varones los primeros en estar convencidos que el dinero los hace “mas viriles” y en consecuencia también más

potentes sexualmente. No son pocos aquellos que en situaciones de quiebre económico, entran en impotencia sexual, cosa que es posible de comprobar a menudo en los consultorios psicológicos.

En síntesis:

* la sexuación del dinero convirtió al dinero en un indicador de género sexual masculino y al hacerlo condenó al varón a vivir sus limitaciones económicas como una descalificación de su potencia y virilidad.

* La sexuación del dinero naturalizó muchos de los privilegios que hoy en día aún se perpetúan, cuando por ejemplo las mujeres reciben menos dinero que los varones por el mismo trabajo.

*La sexuación del dinero contribuye a promover dificultades en los vínculos de pareja cuando por ej. son ellas quienes ganan más que sus compañeros.

La sexuación del dinero que es hija de la ideología patriarcal presenta un doble filo: subordina a la mujer e impone al varón la obligación de ser el responsable económico. Esto le otorga poder pero al mismo tiempo le crea la exigencia irrenunciable de responder a ese rol. La exigencia se convierte en un bumerán y así la fragilidad natural del ser humano adquiere en el varón la dimensión de fracaso. Fracaso que, simbólicamente, evoca la castración tan bien expresada en el refrán español “un hombre sin dinero no es un hombre entero”.

Voy a concluir sosteniendo que perpetuar la sexuación del dinero es una de las formas de resistencia a la distribución del dinero y una manera inequívoca de consolidar violencias: las que se ejercen por imposición y las que se construyen como reacción. La sexuación del dinero es un mecanismo inconsciente que toda sociedad que se precie de democrática tendría el compromiso de poner en evidencia y contribuir a desactivar.

.....septiembre de 2007